

TUNJA A FINES DEL SIGLO XVI

Escribe: MARIO PERICO RAMIREZ

Blanca y alta, la casa de don Gonzalo Suárez Rendón recibía de frente el viento tunjano. Empinada sobre el atrio miraba sin parpadear el filo de las colinas que encerraban el pequeño valle. El portal solemne y el escudo clásico la engolaban sin pretenderlo. Dos ventanas enrejadas apostaban a conquistar a un balcón viril y mudo que sopesaba su hombría aguantando sin defensas la tornadiza voluntad de la naturaleza. El zaguán con eco y resonancias, embaldosado hasta la sevicia, atravesaba de parte a parte, sin permiso ni miramientos el trasportón mendigo de saludos y venias. Estrecho y frío el corredor le salía al paso y sin más ni más la escalera lo tomaba por su cuenta para llevarlo al segundo piso.

Un tufillo de tristeza y de nostalgia de otras cosas se percibía en el ambiente. Muros limpios tirados a cordel, tejadillos y miradores, malvaiscos y curubos enroscados. Brevos y borracheros en el patio, cicuta y tuneras en la cuadra, pila de piedra, agua leyendo en voz baja pero de corrido su lección diaria, denunciaban con su presencia el espíritu de la península de donde era el dueño del caserío. Faltábanle el clavel y la albahaca; se extrañaba la ausencia de la palmera en el solar; Andalucía remota y asustada de cascabeles y de sonidos, el amo aún la tenía apegada en la sangre, sumisa e irreverente, pagana y fanática, sin que nadie se diera cuenta de ello.

Cuando don Gonzalo Suárez se apeó en estas parameras, sin dejar de ser Andaluz aceptó ser Americano, pero con condiciones. Nada de chozas, por amplias que fueran; nada de bahareque ni palmiche. Nada de amarradijos ni de estacas. Piedra y cal. Cantos redondos o alargados pero duros y perdurables. Ladrillo requemado con las cicatrices del fuego y los chamuscados del rescoldo sobre la piel. Greda convertida en eternidad para recordar al menos a sus ciudades de Medina-Zahara, Córdoba, Málaga. Así tenía que ser su casa con zócalos y pavimento, con arquería y alberca, con calados en las puertas que le dieran la sensación al moro que había en él, de que detrás de ellos la esclava se carcomía de angustia. Y también que tuviera aldabones, ojalá en garra, pesados y verdugos de la madera para que la hicieran temblar cada vez que la golpearan; y cerrojos y clavos, fuertes como eunuco amaestrados a guardar el honor del amo.

Corría el año de 1583. Las cinco de la tarde apañaban a dos manos el caserío y sus gentes. En la casa del fundador la paz malhumorada apilaba leños de quietud en los rincones. Arriba en el segundo piso el corredor ancho y enladrillado enconaba la luz. Tabletones de dos cuartas, hombrijuntos y gemelos, emparejaban el piso. En sus rendijas el polvo harinoso y gris cortaba a pico el ruido de los pasos. Un ladrillón desnarigado y fofu remangaba las cejas junto a una puerta como un niño regañado. A pleno sol, el gato hinchado y ronroneante, despabilaba el silencio. Ovillado sobre la baranda movía a compases regulares el vientre. Sus ojos a medio cerrar desde hacía rato venían fijos en una mosca gorda que a escasos centímetros de sus bigotes zaqueaba pretenciosa. Tiestos cetrinos y atorados de hierba hasta los golletes cumplían bonachonamente sus oficios caseros. Los viguetones del cielo raso escaldados de cal se afilaban largos y huesudos. Tiesos por el chusque y el palofino que les punzaban las costillas soportaban nuca arriba la galería de las tejas y, pecho abajo, distraían sus rigideces y mirando cómo el tiempo curtía las columnas y el alero de un tinte verde y mogigato, que a la postre, les evitaba avergonzarse de sus raspaduras y turupes.

En las paredes, el sol se escurría como un galgo doméstico. Sin mortificar demasiado, calentaba a poquitos, y entre audaz y temeroso se trepaba en las mañanas hociqueando cada línea que cubría o reculaba en las tardes empantuflado y gotoso hasta más allá de las tapias del solar. En la iglesia vecina el esquilón y el clarillo escupían el falsete de sus requies.

Una tos seca y corva como las espaldas del personaje que la producía, melló los bordes de un botijón roñoso que al pie de una silla crujidora acompañaba la soledad de un viejo. En jubón y calzas abrigadas dormitaba. En este año don Gonzalo cumplía ochenta y tantos. La cabeza redonda y pequeña platinada de canas le daba un aire serio. La barba en punta y el mostacho enhiesto abrían campo suficiente para que la nariz cayera grande y poderosa sobre la boca fina. El estero de la frente quedaba atrás acuchillado de arrugas. Pese a los años el corpachón se conservaba garboso y templado. Su vida encuadrada entre la tizona y el caballo había sido un itinerario de batallas. De mozo los pendones de Carlos V lo tuvieron ocupado recorriendo media Europa. De hombre, la conquista americana se le metió por el codillo hasta llegarle al corazón y en el Nuevo Reino bajo las órdenes de Jiménez de Quesada, se maduró manejando con igual destreza el acero y la pluma. Lustros antes y a orillas del cercado del Zaque rubricó en un cuero de venado el acta de fundación de su segunda patria chica. Elevado al cargo de Justicia Mayor en la ciudad por él fundada, ordenó con tino y sagacidad su porvenir. Reglamentó mercados y aranceles. Fijó normas y cánones para el pago de los diezmos. Legisló con largueza y humanidad sobre las minucias de esos tiempos. Codicioso, amasó encomiendas y fortuna. Los doblones se le hicieron miga entre sus dedos de tanto manosearlos. Moja-tinta y papelero, encontró muchas veces en el codicilio su defensa y en la cédula real su escapatoria. Caballero y escribano a la vez, supo ceñirse los bragas en su momento oportuno.

El anciano se rebulló inquieto en la poltrona. Cuando la muerte se acerca las biografías las medita uno mismo. Repasaba su vida hoja por hoja sin olvidar una coma. El único suceso que lo mortificaba un tanto se le restregaba en la mente hasta hacerla sangrar. Empeñado en no dejarlo tranquilo le montó de nuevo la tragedia con actores borrosos. Aquí, el último zaque, con el rostro empantanado de misterio y la piel de membrillo cocido le sonreía burlón y escéptico como el día de su muerte. Todavía le escocía la mirada. Los arillos de oro pendientes del tabique de su nariz y los sartaes de canutos entorchados en su garganta, se le habían quedado atrás, soñándole entre las venas como castañuelas de semana santa. ¿Habría podido salvarlo? Un sí rotundo se le escapó sin quererlo. Y a pesar de la capa el escalofrío del "mea culpa" le rasuró los miembros.

La estera corta y rota que desde hacía años soportaba las rabietas y arrechuchos de don Gonzalo se desparramó hilachenta al contoneo nervioso de su cuerpo. El gato abrió un ojo y la resolana que rascaba sus lomos erizó por última vez los pelos de su cola.

En el corral las gallinas en congreso de comadres le cantaban la tabla a un pollo orate y bellacón que intentó seducir a una emplumada rovia. Junto a la barda una pareja de indios cuchicheaba atortolada al ver por una rendija los corcoveos del alazán amarrado al botalón de la caballeriza. Sudorosos y acesantes acababan de llegar de Soracá trayendo leña para el amito y el "sumercé" les zapateaba en la lengua presto a servir de disculpa por el retardo. Por los lados de la cocina, la servidumbre trasteaba en la despensa la pucha de maíz o el puño de trigo. En el fogón, la vieja ñata de la cocinera soplabá a dos carrillos. La noche desjarretada se venía encima y el mundo de las voces indefinidas y de las luciérnagas impostaba la voz bajo las estrellas.

Don Gonzalo se acabó de despertar. La triple santiguada que acostumbraba darse después de la siesta le rayó las sienas. Un "buenas noches" subió rápido del zaguán a sus oídos. El taconeo de unas botas acabó de astillar sus recuerdos. La sotana del Beneficiado de la catedral don Juan de Castellanos barría las lozas de la escalera, cuando don Gonzalo despierto del todo, carraspeó diciendo: —Aguarde Ud., padre, que que Dña. Mencía le alumbre.

—Me conozco estos recovecos palmo a palmo; no se agite Ud. mi señor don Gonzalo, que aunque viejo y miope aún me tiento, respondió el clérigo.

Cobijada y presurosa doña Mencía apareció portando un candil. La llama le jugaba en la mantilla un ajedrez de visos. En el peldaño final el cura estuvo en un tris de barrer el suelo con la panza. Encandilado por la luz, tropezó. Un vizcaíno sin aliño salió cortado de su boca. La Doña, habituada a la pimienta en el lenguaje de su marido, lo dejó caer alegre como una rodaja de espuela en la barbilla de las sombras.

Sigamos para adentro, don Juan, que el frío está calentando dijo don Gonzalo dando ejemplo. Los dos hombres seguidos por el velón de doña

Mencía cuartearon los muros con sus siluetas. Vamos a mi alcoba, murmuró entre dientes el viejo conquistador, allí usted me contará los progresos de esta villa.

La estancia a donde llegaron se fue iluminando poco a poco. A pedazos la claridad se impuso. Cayó primero sobre un arcón que encalambreado de hierros y pestillos, guardaba posiblemente la faldamenta de la dueña de casa y los sayos, gorras, capotes, borceguíes y pantuflas del encomendero de Icabuco y Guáneca. Se deslizó luego hasta la tabla sebosa de la reja. Pasó las manos por encima de un alfanje morisco de dorada guarinición que colgaba junto a dos dagas y a una cota de malla, penduleando en un clavo, y después, sin muchas ganas corrió sobre los bordes de una rodela y de dos lanzones que discutían puntiagudos y malévolos. Al fin, se detuvo cerca a las sillas donde las cabezas de los dos viejos laminaban de grises tantos sueños.

—Cuenta Ud. señor cura, cómo van los trabajos de su iglesia. Mucho ruido y trájín he sentido. ¿Qué dice Pedro de Sosa? ¿Está amañado, le rinde? Y el maestro Francisco de Abril sí tiene suficiente madera para los retablos y enchapados?

El cura se quitó el bonete y con la pausa que da el repetir todos los días el mismo cuento fue relatando con los detalles, chismes y consejas de rigor, las peripecias de la construcción de la catedral.

Templo gótico-mudéjar con reminiscencia en las iglesias andaluzas de la baja Edad Media, luciría en la posteridad sus acabados y perfiles. Tres naves y varias capillas y dependencias como la sacristía y la torre conformaban un monumento donde la fe y el esfuerzo se dieron la mano para trabajar unidos con el arte y el buen gusto. Las columnas redondas que descansaban sobre voluminosos plintos circulares, solemnizaban el ambiente. Arcos apuntados separaban las naves. El techo de dos aguas en el centro y de una agua en los laterales le daba majestad y tono.

El gótico fue en España de importación francesa. Asimilado a la perfección por los artistas hispanos, ganó en espíritu y fuerza expresiva los Pirineos. Dinámico, evolucionó aceptando las novedades de las escuelas flamenca y renana. España, preparada para recibir este estilo por las obras de los monjes del Cister que a principios del siglo XIII construyeron sus grandes conventos, lo complementó adicionándolo con la imaginación y la pureza lineal.

La capilla llamada de los Mancipes, adosada a los muros de la catedral, comenzó a construirse al mismo tiempo que ella en 1569. Don Pedro Ruiz García, a la sazón alcalde de la ciudad, la patrocinó. Su hijo Antonio Ruiz Mancipe le dio fin. Artesonada de casetones octagonales y de espacios romboidales pone en la retina de quien observa, pavora y asombro. El retablo y la portada del más fino renacentismo, establecen filiales y constantes la tradición de una arquitectura coautora de medio mundo.

Enfrascado en la charla, don Juan, sin darse cuenta, mezclaba con la anécdota su imaginación recursiva y locuaz. Si comenzó dictando cátedra de estilos, pasó sin detenerse a las fanegas de cal que se compraron

a Juan Ruincha y a Juan Chiribita y terminó recitando lo escrito por él el día anterior sobre la capilla de los Mancipes: "Y así parece ya piña de oro".

Con los ojos en blanco y casi sin resuello largó la parrafada. Al finalizar se sonó, hizo pucheros y esperó con las manos entrelazadas sobre el abdomen a que don Gonzalo lo felicitase por ese chisguete de elocuencia.

—Ajá, dijo don Gonzalo pasando por alto la sabiduría del abate, y cómo marcha la fuente instalada por don Juan de Zárate? Las cañerías no se han atascado?

Sorprendido por la pregunta, cuando él esperaba algo distinto, el dómine tartamudeó al contestar. La respuesta fue a tientas. Entendió que la inteligencia del fundador necesitaba con urgencia hechos, obras, objetos para absolver su destino. Desde ya no aceptaba el juicio de la historia sobre su persona. No quería pasar como un simple conquistador más. Deseaba que su preocupación por organizar, fomentar y estructurar la vida de la ciudad, quedara clara y fácil de reconocer.

—El agua corre y los vecinos se aprovechan de ella, señor Capitán. En su interior el blema adquirió la dimensión que realmente tenía.

Desde recién fundada Tunja el agua escaseó. Se agudizó tanto la situación que el cabildo decidió trasladar la ciudad al valle de Sáchica. La comisión de rigor se nombró, el informe estuvo presto, pero las eternas salvedades y demoras de los influyentes diluyeron la actuación. La "Fuente Grande" y la "Chiquita" prestaron a medias el servicio. Los dueños de caballos o de asnos bien podían darse el lujo de enviar por ella a tal distancia; más para la pobrería con la indiada de remache el acarreo le quedaba difícil. Juan Quiralte soldado y albañil, se empeñó en traer por el Alto de San Lázaro el agua a la población. El intento fracasó y apenas hacía pocos meses que el mentado Zárate había logrado colocar una fuente pública en la plaza real.

Don Gonzalo respiró a sus anchas. Un dolor de cabeza menos, siempre es una ganancia más. Como un diablillo embelequero y trapequista la llama del candil se torcía y retorcía. El cura, respetuoso, aguardó más preguntas y como nadie se las hacía resolvió lanzarse por el atajo. Habló de San Laureano, de su hastial hermoso, de su coro pequeñito y elaborado para sacristanes rengos y diminutos, de sus pilas benditas colocadas a la entrada ofreciendo a la beata y al feligrés la lisura de sus vientres. Dijo que sus campanas parecían campanillas desde lejos y que la puerta daba la sensación de una casaca de mariscal atiborrada de cruces y medallones. Luego pasó a detallar el estado en que se encontraban los claustros de Santo Domingo y Santa Clara la Real. Don Gonzalo, a más no poder, le oía pero no le atendía. Su pensamiento estaba lejos. El cercado de los Zaques le comía la entraña.

Reveía en su imaginación lo que encontrara a su llegada. Los techos voladizos de las cabañas y revestidos de paja y arcilla continuaban siendo guarida de avispas y zánganos. Cañas atadas con cuerdas oficiaban de ventanucos y de puertas. Barbacoas y tarimas toscamente trabajadas se

apeñuzcaban indigentes sobre el suelo de tierra pisada o de estera de esparto o de las hojas de maíz. La aljaba, el ovillo de algodón y la mazorca formaban en un rincón con la cecina el espectáculo gratuito de la miseria y el desorden.

El poblacho en general continuaba sucio y mal presentado. La indolencia de los nuevos amos engordada por el interés de sus personales comodidades dejó a la aldehuela sitiada por la indiferencia y el desdén.

Cercenado el culto de sus dioses, el indio perdió de sopetón su escasa alegría. Frailucos y sargentones lo enrolaban diariamente a la masa móvil del obrerismo colonial. Los unos, en las tareas del torno o izando el pedruzco tallado para formar la arquería o la torre; los otros, encalando las mansiones de los señores de blasón y chambergo. ¿Sería justo prolongar esta situación?

Doña Mencía interrumpió la cháchara del reverendo y las meditaciones de su esposo.

Dos jícaras en bandeja de loza humeaban con el olor de la nuez y de la canela que oficiaban de auriga y postillón. Colaciones y parvedades recostaban sus redondeces en el orillo de los platos.

—Vuestras mercedes deben estar transidos de hambre, dijo colocando el refrigerio al alcance de los dos amigos.

Afuera, una garúa lengüifina ensasullaba los tejados.

Los latines y asperges de la llovizna salpicaban los portales.

La oscuridad enquimbada moteaba de negro lomas y zanjones.